

sobre una red de circo, floja, muy blanda. Miró el vacío de la calle. Vio su propia espalda unos metros más adelante; como si ondulara, con una ligera distorsión, su saco rojo y su pollera oscura. Se siguió a sí misma con cierta fatalidad. Siguió a la mujer que, unos metros más adelante, repetía todos sus gestos y que ahora llegaba a la esquina y leía El Cisne - Bar y confitería. Se disponía a cruzar la calle. La mujer se apuró. En un reloj iban a ser las siete de la tarde. Ya es de noche, pensó la mujer, sabiendo que era lo mismo que pensaba la otra que ahora cruzaba la calle y se aproximaba a la puerta del bar. Ya es de noche, volvía a pensar, en esta época del año el crepúsculo empieza a las cinco. Su mano y la de su fantasma se unieron al empujar la puerta. Ya no veía su espalda. Veía un hermoso bar. Un bar lento con mesas de madera y manteles, con un dueño brumoso leyendo las noticias de la tarde detrás de la máquina registradora. Se sentó en una mesa apartada. Esperó un momento y sacó el frasco de la cartera. Tenía que resolver algunas cosas. Tragarse cincuenta y ocho pastillas requería una cantidad de líquido considerable. Eran amarillas y ásperas. ¿Qué iba a pedir?

—Una jarra de agua —el mozo la miraba—. Y un café.

Ir tomándose las cincuenta y ocho pastillas con los correspondientes medios vasos. En el fondo del estómago, el dolor y el vértigo habían desaparecido. Burbujeaba otra cosa, un cosquilleo, una carcajada contenida. La jarra se había materializado sobre la mesa. Una convulsión general se apoderó de la mujer y le sacudió los hombros. Hizo como que buscaba algo en la cartera tratando de disimular. Como náuseas incontenibles, las carcajadas le subían por la garganta. *Telefónicos: ¡a vencer!* La mujer sintió que se ahogaba. La jarra, enorme, grandilocuente, se agigantaba, mandaba en la mesa. Abrazada a la jarra, trataba de echar una insignificante cantidad de agua en el vaso. Se empequeñecía vertiginosamente mientras el bar se agrandaba. Las mesas, el dueño, el techo altísimo hasta perderse arriba. Había quedado reducida al tamaño del frasco de las pastillas. Una pastilla tenía, ahora, a su lado, el tamaño de una rueda. Es la sensación de extrañeza, pensó la mujer. Pero su pensamiento sonaba como vocecita de hormiga. Todo se ensanchaba y perdía contorno, como detrás de una lupa. Reducida así es más fácil matarse, pensaba la mujer a través de la vocecita de hormiga, pero más sangriento.

—¿Me compra una curita?

Así que finalmente era eso. Iba recuperando el bar.

—Dele, señora, ¿me compra una curita?

La sana obsecuencia al hábito de vivir, razonó la mujer. O lo que era igual, una gelatina en el fondo de la garganta, un asco profundo que subía y se derramaba sobre la mesa. La mujer se decía en sordina que era cobarde pero las palabras estaban llenas de aire, no llegaban al fondo, se perdían, volaban. Sólo existía un hueco palpable en el silencio, un pozo sin bordes, un vacío. Hoy no era el día. Sintió el lastre de las horas, le parecían infinitas, desde que había tomado el frasco de la mesa de luz. Sin embargo, había algo, algo latiendo débil. Elegir o inventar. Elegir para atrás, como si nunca hubiera levantado el frasco, como si nunca hubiera llegado a este bar. O más atrás, elegir o inventar una escena (se acercaba al perro le acariciaba el lomo y el hocico le soltaba dulcemente la soga con el nudo tan ajustado. No, no era así, piensa la mujer con fero-

cidad. El hombre pálido apunta entre las orejas y repentinamente obedeciendo a una fuerza superior se lleva el caño del revólver a la sien o a la boca y dispara. No era así. Soltaba la soga, era lo importante el momento en el que había que detenerse, el nudo está apretado y se hunde en el pelo áspero del animal que se queja pero se queda quieto sabiendo finalmente se suelta la lengua por las manos la gratitud de animal apaleado y decir perro, piensa la mujer, recuperar la dignidad de la palabra perro). La mujer imaginó que la chica se acercaba al perro y, dulcemente, le desanudaba la soga; el animal no temblaba más, volvía a confiar y la miraba a la cara con los ojos agradecidos y resignados de los perros. Una piedad sin fondo se extiende como una llama desde la chica a la mujer. Lo acaricia y lo deja ir, suelto, libre para siempre. De golpe, por la ventana, la mujer cree distinguir el fragmento de un saco rojo, una espalda que se pierde al doblar la esquina. Rápidamente se pone de pie. Guarda el frasco en la cartera al mismo tiempo que deja sobre la mesa el dinero para el café. Sale del bar. Al doblar la esquina le parece distinguir adelante, lejos, una mancha roja. Su único testigo. La mujer intenta una sonrisa para la otra a quien, desde muy lejos, sigue con cierta fatalidad. Había muchas escenas para recomponer y armar. Y si no hay, piensa la mujer, siempre queda el frasco en el fondo de la cartera.

Sylvia Iparraguirre

S.U.I.C.E.

PRESENTA

Así Venceremos

FILM
DE

PROPAGANDA
ANTIFASCISTA -

Original de
Manuel
Ara

RECCIÓN
Fernando
Rodríguez

